



Hemos analizado en la lección pasada sobre la unidad, el capítulo 17 del Evangelio de Juan. En él encontramos que la unidad sólo es posible cuando intervienen las tres personas de la Trinidad Divina: El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Vimos también en este capítulo, 13 elementos que intervienen en la unidad y analizaremos en las 3 lecciones siguientes, las áreas donde se relacionan y en donde vemos manifestadas la unidad cristiana.

1. Unidad en el Espíritu.
2. Unidad en la Palabra o Unidad Doctrinal.
3. Unidad en el Testimonio o Unidad en la Misión.

Vamos a hablar un poco sobre la primera de ellas:

### **UNIDAD EN EL ESPÍRITU.**

Se cuenta la historia que un día un hombre fue a visitar a un manicomio. Había más de cien reclusos peligrosos en esa institución, pero - para sorpresa de la visita - sólo tres guardias cuidaban a estos lunáticos. Le preguntó a su guía:

¿No teme Ud. que estas personas puedan tramar algún complot para dominar a los guardias y escaparse? No, fue la respuesta; los locos nunca se unen.

Los locos no se unen pero los cristianos sí debemos unirnos. El encargado de producir la unidad en el cuerpo de la iglesia es el Espíritu Santo.

Esta unidad la profetizó Cristo, como dijimos en la lección anterior, en el capítulo 17 del Evangelio de Juan. Fue esta oración sacerdotal de Jesús, la más grande de las oraciones que se conozcan; porque oró a favor de sus discípulos, y con ello por el futuro de la iglesia. Debe considerarse como su obra maestra, llena de la más profunda teología y del más puro amor a favor de los discípulos que pronto dejaría. Juan, el fiel "discípulo amado", quien por estar tan cerca de él, oyó aquella oración, que sigue siendo el más grande anhelo para la iglesia de hoy.

Dentro de sus más sublimes deseos, Jesús dijo: **"Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado"** (Jn. 1:23).

**“Perfectos en unidad”.** ¿No es acaso esto un imposible considerando que poseemos una naturaleza tan egoísta? Sin embargo esta profecía se cumplió en el pasaje de Hechos 4:32-37, por lo tanto si es posible la unidad en Cristo.

Encontramos en este pasaje que la pequeña comunidad cristiana ha crecido rápidamente. Tres mil fueron bautizados el Día de Pentecostés (2:41) y poco después “fue el número de los varones como cinco mil” los que oyeron la palabra y creyeron (4:4).

No sabemos si este número incluye los tres mil originales o si se trata de cinco mil más. Es probable que, como dice el versículo, estos números incluyeran solo los varones. Para llegar a una cifra completa, seguramente deberíamos duplicar los números que aquí se exponen.

En cualquier caso, no debemos pensar de esta temprana iglesia como un pequeño grupo de creyentes que se reunía en la casa de alguien. Es un grupo bastante más grande que eso – un grupo nuevo que crece rápidamente y que lucha por poner los pies en la tierra. Pero nuestro texto demuestra que estos creyentes han logrado una unión y una armonía admirables.

Lo que nació en Jerusalén, como resultado de la intervención del Espíritu Santo, fue una unidad espontánea cuyo impacto se vio en todo el crecimiento del libro de los Hechos. La unidad en la iglesia es el gran secreto de su crecimiento. ¿Pero quién produce la unidad real en la iglesia? Por supuesto, el Espíritu Santo. Él le da al cuerpo vida y lo mantiene unido. Ese es nuestro tema para hoy.

**EL ESPÍRITU SANTO PRODUCE UNIDAD ESPIRITUAL PARA QUE TODOS PARTICIPEN DEL AMOR FRATERNAL.**

**“Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma: y ninguno decía ser suyo algo de lo que poseía; mas todas las cosas les eran comunes” (v. 32).**

**1. “LOS QUE HABÍAN CREÍDO ERA DE UN CORAZÓN Y UN ALMA” V. 32<sup>a</sup>.**



Lucas nos habla de una multitud de los que “habían creído”. Este detalle es muy interesante pues si la unidad en una iglesia pequeña es difícil sostener, cómo sería la de Jerusalén que ya tenían miles de personas, y con una comunidad compuesta por judíos y griegos. Pero el texto nos dice de una manera simple y directa que ellos eran de “un corazón y un alma”.

La obra del Espíritu Santo quebrantó todo tipo de orgullo y toda clase de egoísmo. Aquella era una unidad muy espiritual por cuanto el trabajo era hecho en el centro de las emociones: el corazón y el alma. La unidad para que sea real tiene que comenzar en este lugar.

Ser de un “corazón y un alma” es poseer el sello distintivo de una obra nueva y esto sólo ocurre en la vida de la iglesia. Por lo tanto este tipo de unidad no es intelectual u organizacional.

La unidad que prevalece es la que produce el Espíritu Santo en el corazón.

Las tres palabras que distinguen este texto son: "creyentes", "corazón" y "alma". Esto nos dice que ellos estaban unidos por su fe, pero también por su corazón. Esta es la unidad que perdura. No importa quiénes seamos y de dónde vengamos, el Espíritu Santo quebranta las barreras y nos pone juntos para que experimentemos el amor fraternal.

**2. "NINGUNO DECÍA SER SUYO PROPIO NADA DE LO QUE POSEÍA..." V. 32b.**



He aquí actitud correcta sobre la unidad que produce el Espíritu Santo. ¡Qué tipo de vida experimentó aquella primera iglesia, capaz de cambiar la ambición personal y el apego que se tenían por las cosas materiales! ¡Qué extraordinaria era la obra del Espíritu Santo! ¿Y acaso no debiera ser esta la actitud que caracteriza a un hijo de Dios? Por lo general hablamos de nuestras pertenencias. Con un gran orgullo hablamos de "mi familia", "mis hijos", "mi casa", "mi coche", "mi dinero", "mis bienes"... pero la verdad es que nada es nuestro. Las hijas que tengo, se casan y se nos van. La casa que compramos, cualquier situación económica difícil es razón para perderla. El coche del cual me enorgullezco se arruina y ya hay que pensar en otro. El dinero que es una de

las cosas por lo que más me esfuerzo, tiene que ser usado para pagar cuantas deudas tengamos y así descubrimos que al final de la jornada, nada tenemos.

La iglesia de Jerusalén nació desprendida. Una sola cosa les importaba: mantener el amor que les había dado el Espíritu. La experiencia de aquella iglesia debe recordarnos que nosotros somos mayordomos de nuestros bienes y no dueños. Que todo lo que poseemos es de Dios y que sólo a él le debo mi fidelidad en administrar lo entregado.

**3. "SINO QUE TENÍAN TODAS LAS COSAS EN COMÚN" V. 32C.**

Esta es una de las cosas que nos impacta al leer la historia de aquella primera iglesia. La unidad que trajo el Espíritu Santo produjo un sentido de desprendimiento, de pertenencia y de cooperación.

Tener las cosas en común es simplemente traer lo que más valoramos y ponerlo al servicio del Señor y de los santos. Aquello se constituyó en una experiencia que revolucionó todo el sistema de vida, sobre toda en la orgullosa, egoísta y opulenta sociedad judeo-romana. Es bueno aclarar que esta frase no sustenta al llamado "comunismo", porque lo que allí sucedió no fue el resultado de teorías socialistas, ni de reglas impuestas que hubieran de regir a todos los que buscaban admisión en aquella nueva sociedad; más bien fue la expresión espontánea del amor a Dios y al hombre que se había enseñoreado de cada corazón. Aquel "comunismo" bíblico no fue provocado por una lucha de clases, sino por la obra del Espíritu Santo y manifestado en el más puro amor los unos por los otros. De manera, pues, que el llamado de este texto es para que sea común nuestra misión, nuestro propósito, nuestra visión, y sobre todo, que sea común nuestro amor (Rom. 13:8).

Al terminar la historia de Pentecostés, Lucas enfatizó este mismo tipo de unidad y propiedad comunitaria. "Y todos los que creían estaban juntos; y tenían todas las cosas comunes; Y vendían las posesiones, y las haciendas, y las repartían á todos, como cada uno había menester" (2:44-45).

Su propiedad compartida no era algo impuesto por los líderes de la iglesia, sino que tiene raíces en la unión que comparten de corazón y alma. Estos hermanos y hermanas cristianos se amaban unos a otros, y por eso se cuidaban unos a otros. Todos se habían criado en una sociedad donde la familia era la unidad social en la que podían depender en momentos difíciles. Para algunos, la decisión de seguir a Cristo significaba que ya no podían contar con el apoyo de sus familias. La iglesia se convirtió en su nueva familia.

La unión de corazón y alma se manifiesta concretamente en el compartir de posesiones. Eso es increíble. Nuestras posesiones nos confortan y nos traen

seguridad – es difícil no amar nuestro dinero y desear el dinero de los que tienen más. Nos es imposible dejar una propina demasiado grande en un restaurante o darle un € a un vagabundo. Sería otra cosa completamente diferente vender nuestra casa y poner las ganancias en el alfolí de la iglesia. Una unión de corazón y alma que resulta en un generoso compartir de posesiones es una verdadera unión. ¡Que Dios nos ayude a ser verdaderamente unidos en el Espíritu!.

